

QUINCE años después, África se enfrenta a una segunda lucha por la independencia, esta vez económica, cultural y técnica, más que política. Se trata de la creación de la sociedad africana libre, progresista, integradora del hombre todavía víctima de la opresión.

La reacción, la resistencia a este proceso, se reviste de muy distintos disfraces, pero como nota común sirve a la prolongación del yugo colonialista, añadiendo, además, el predominio de reducidos y muy concretos grupos nacionales.

Por una parte, la geografía del continente ha ido «salpicándose», desde antes de 1970, de Regímenes de prestigio y eficacia, de cohesión nacional e ideología socialista diversa: Guinea, Argelia, Tanzania, Congo, Zambia, Daho-mey, Somalia. Por otra, la oleada revolucionaria de las colonias portuguesas promete aportar al conjunto africano el segundo impulso de libertad: Guinea-Conakry, Mozambique, Angola... La reacción y el conservadurismo tiemblan y desvarían: su hora se acerca.

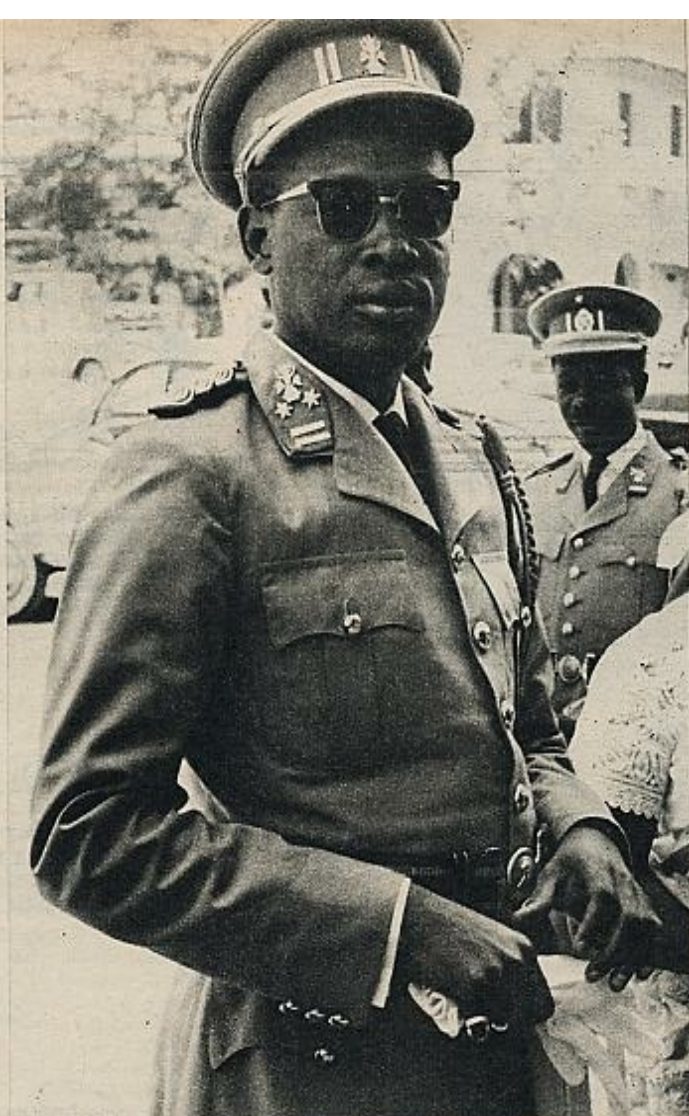
En este contexto, y aparte de los regímenes blanquistas de Vorster y Smith, un dirigente africano encabeza y detenta la iniciativa de los regímenes negros más antirrevolucionarios: Mobutu, Presidente de Zaire.

Prolegómenos a la «autenticidad»

Los orígenes del acceso al poder de Mobutu no pueden olvidarse, aunque pronto —24 de noviembre— celebre el décimo aniversario del golpe militar que dirigió contra el tándem incapaz Kasavubu-Kimba.

El 30 de junio de 1960, el antiguo Congo belga se unía, un tanto atropelladamente, a la masiva independencia de las colonias francesas y británicas. Pocos días después, diferentes causas motivaron los disturbios que originaron el desdichado «caso» del Congo ex belga, verdadera aberración de nuestro tiempo. La secesión de Katanga, instada por Bruselas, provocó la intervención extranjera y la participación vergonzante de la ONU. Las presiones exteriores y tribales llevaron al Presidente Kasavubu a destituir al primer ministro, Lumumba, líder popular perfectamente definido en su lucha contra el colonialismo de antes y después de la independencia.

Al entonces coronel Mobutu, jefe del Estado Mayor en virtud del nombramiento de Lumumba, corresponde la responsabilidad de haber detenido a éste y de mantenerlo prisionero en los momentos clave de la acción popular anti-imperialista. A él corresponde, directa o indirectamente, también su «misterioso» asesinato en enero de 1961. Un famoso libro, «La ascensión de Mobutu: del sargento Joseph Desiré al general Sese Seko», del belga Jules Chomé (E. Masperó, marzo de 1973) motivó la ira del Presi-



Mobutu cifra hoy su independencia en una Angola dominada por el FNLA de Holden Roberto. Con un partido progresista como el de Agostinho Neto en el poder en la antigua colonia portuguesa, el mobutismo tendría, por el contrario, los días contados. En la foto, el general Mobutu.

ZAIRE

EL MOBUTISMO, EN EVIDENCIA

dente, que consiguió del Gobierno Pompidou (los intereses económicos franceses siguen siendo muy importantes en Zaire) que se prohibiera su publicación en Francia; el libro aclara mucho de aquella época turbulenta y descalifica totalmente tanto la

cer de este partido —único— la única institución del Zaire, y del «mobutismo», su doctrina; se había decidido el giro definitivo de la política nacional, fundamentada ya jurídicamente en el Presidente y su «pensamiento». Para paliar la sorpresa del pueblo y en-

P. Costa Morata

persona como la «obra» de Mobutu Sese Seko, actualmente erigido en «mesías» de un riquísimo país de 22 millones de habitantes.

En julio de 1974, el comité político del Movimiento Popular de la Revolución (MPR) decidió ha-

mendar la primera mala impresión, se empezó a difundir también el término «zairinización» de la economía y la política como paso previo a la pretendida «autenticidad» nacional, que había de devolver al pueblo zairés sus mejores esencias.

De ahí, de este sustrato ideológico, procede el mobutismo equívoco actual, algo muy distinto de lo que aparenta ser.

Otra dictadura fascista a la africana

Según la opinión oficial del MPR, «el mobutismo es el pensamiento, las enseñanzas y la acción del Presidente fundador, que han hecho del Zaire y de los zaireses lo que son hoy». Pero aunque este mobutismo oficial se pretende que coincida con el nacionalismo del pueblo del Zaire, las cosas, en realidad, son muy otras. La «Constitución», prevé que el Presidente del MPR presida igualmente todos los órganos del Movimiento, es decir, la Oficina Política, el Congreso, el Consejo Legislativo Nacional (o Asamblea), el Consejo Ejecutivo Nacional (o Gobierno) y el Consejo Jurídico (Tribunales). El Presidente del MPR será elegido por cinco años y reelegible por una sola vez, aunque cláusulas especiales (motivadas por «la especial coyuntura histórica») permiten al Presidente Mobutu «asegurar la continuidad y permanencia del mobutismo», lo que garantiza su mandato vitalicio.

No obstante lo anterior, Mobutu ha advertido a su pueblo que no debe considerarse al mobutismo como la consagración de un hombre, sino como la unión de los zaireses con su jefe. Además ha manifestado firmemente estar «contra el desorden y el abuso de poder que conduce al fascismo...».

A finales de 1974 y después de sus viajes por China Popular y Corea del Norte, Mobutu consideró necesario proceder a la autocrítica (hasta ese punto se sintió influido por las experiencias comunistas de esos dos países) y a la elaboración de una lista de «pecados contra la revolución», a fin de lanzar una «revolución en la revolución», como última y suprema etapa hacia la ansiada autenticidad. De esta crítica (de los miembros de su equipo, se entiende) salió a la luz una «inquietante» relación de aspectos no superados aún: exceso de libertad, que conduce a la licencia y la inmoralidad; crisis del campo, sacrificado a la industrialización; inflación galopante y desempleo creciente; crisis en la juventud y en la educación; injusticia social; Fuerzas Armadas ajenas al proceso integrador de la sociedad, etcétera, etcétera. Mobutu reconocía que en 1973, Zaire había adquirido más Mercedes que tractores, y denunciaba el enriquecimiento de una minoría, beneficiada del proceso nacionalizador emprendido. En un país, excepcionalmente apto para todos los cultivos, el 30 por 100 de las divisas se han de dedicar al pago de productos alimenticios.

Imitando a su conveniencia, el Presidente ha decidido implantar las experiencias chinas y norcoreanas relativas, muy especial-

mente, a la educación. Según esto, los escolares del Zaire se someterán a una enseñanza impregnada exclusivamente de la ideología del mobutismo y habrán de realizar un año de servicio militar —donde se completará su educación cívica— antes de acceder a la Universidad. El mismo Presidente se encarga directamente de los asuntos relativos a la juventud y, por supuesto, los profesores habrán de abstenerse de enseñar cualquier otra doctrina distinta del mobutismo.

Valga lo anterior para significar en qué consiste la «imitación» de la experiencia china y norcoreana... Ante ciertos interrogantes, Mobutu deja bien claro que el Zaire busca su propia vía, distinta al comunismo y el capitalismo... Hasta el momento, sólo dos países africanos han proclamado el «paralelismo» de las revoluciones nacionales: Libia y Uganda (por cierto, que Mobutu y Amin se han intercambiado sus propios nombres, aplicándolos a los dos lagos fronterizos). Hay que añadir finalmente que el departamento ministerial de Asuntos Sociales ha sido encargado a Mama Mobutu Sese Seko, esposa del Presidente.

Problemas internos: De la Iglesia católica a la amenaza de golpe

Aunque Mobutu se resiste a ser considerado como un dios, no

deja de reclamar para sí la consideración de mesías, «siendo el mobutismo al MPR como la Iglesia al cristianismo».

Pero el decreto de suspensión de toda enseñanza religiosa en las escuelas ha situado a la Iglesia católica —que ostenta la dirección de numerosos establecimientos educativos y asistenciales— en una difícilísima situación. Máxime cuando se la hace sustituir por una educación cívica y política fundamentalmente personalizada y destinada a saturar las mentes con una doctrina machacona.

Mobutu y la Iglesia católica son incompatibles (él se dice católico, pese a todo), pero no pueden excluirse totalmente. La Iglesia ha amenazado con retirar su personal religioso de los hospitales y Mobutu ha ganado la baza de la impopularidad de este gesto. Si, evidentemente, la enseñanza es un tanto necesario para un totalitarismo, la actividad de la Iglesia en otros sectores sigue siendo imprescindible para el Zaire, amén de los problemas más que seguros que provocarían los millones de católicos zaireses de envenenarse más las relaciones Iglesia-Estado.

Hasta ahora, el tira y afloja se prolonga sin más alternativa. Ni la «revolución» zaireses sabe qué hacer con la Iglesia, ni ésta se arriesgará a verse sometida a la laicización total.

El segundo de los principales problemas internos de Mobutu afecta a la siempre existente

amenaza de golpe militar. El sistema político aplicado al Zaire, en la actualidad, no puede satisfacer al sector más avanzado del Ejército, que sabe sería apoyado —en un golpe de fuerza— por buena parte de la población. El «golpe frustrado» proclamado recientemente (16 de junio), francamente fantástico y muy probablemente trucado a conveniencia, no deja de reflejar un nuevo giro de la orientación política —seguramente más circunstancial que definitiva— de Mobutu. Se ha acusado a los Estados Unidos de apoyar el complot de distintos oficiales, tanto del interior como de la Embajada en Washington, y se ha señalado como causa originaria la reacción de los intereses americanos después de las medidas nacionalizadoras de finales de 1974.

Pero hay motivos para sospechar que también esta denuncia de complot, en momento tan señalado, esté orientada a fortalecer la opción FNLA de la futura Angola independiente, ya que ese movimiento sitúa su principal esperanza en el apoyo incondicional del Zaire. En una Angola dominada por el FNLA de Holden Roberto cifra Mobutu su misma estabilidad política, y sólo por esto el Presidente zairés está dispuesto a admitir la amenaza de su propia oficialidad y sus mejores amigos exteriores (Mobutu debe a USA el poder), ya que todo esto va en contra de la pretendida solidez de su posición y la solidaridad entu-

siasta de sus conciudadanos. Los acontecimientos —inminentes— en Angola le fuerzan a variar espectacularmente su estrategia.

El desafío angoleño

El tema de la independencia de Angola, problematizada por la existencia de tres movimientos antagónicos, ha descubierto la verdadera faz del mobutismo. El apoyo del Zaire al FNLA, insistente e incondicional desde el 25 de abril, alinea a Mobutu en las filas de la reacción neocolonialista africana.

No hace mucho, el almirante Rosa Coutinho (sin duda uno de los miembros más cualificados del Consejo de la Revolución portuguesa) declaraba a «Afrique-Asie» que «una Angola progresista sería el fin de Mobutu». Para aquél, la «entente» mantenida por Zaire y Portugal bajo la batuta de las multinacionales, había «distribuido» funciones y asignado el papel de suministradora de alimentos y minerales a la colonia angoleña. Actualmente, Zaire depende de Angola para su suministro en artículos de primera necesidad, pero depende aún más de su inocuidad para su supervivencia política.

El velo se ha rasgado, y Holden Roberto ha aparecido como compañero de Mobutu (y agentes ambos del capitalismo americano, británico, francés y sudafricano) y hombre clave para el mantenimiento de un bloque africano «auténtico», sí, pero de la entera complacencia de los blancos.

Con el MPLA de Agostinho Neto en el poder, la farsa del mobutismo tendría los días contados. Los países progresistas de las fronteras del Zaire —Congo, Tanzania, Burundi, Angola— se verían «ampliados» en cualquier momento por la caída de los regímenes excéntricos de Bokassa (R. Centroafricana) y Amin (Uganda), y el Zaire podría verse «asfixiado» en poco tiempo con el inmediato resurgir de la guerrilla en el inmenso país.

Las declaraciones de Rosa Coutinho, alto comisario en Luanda hasta la creación del Gobierno de transición y profundo conocedor de la connivencia Mobutu-Roberto, han enfurecido sobre manera al general-Presidente (tan atento a su prestigio exterior) y han provocado un molesto problema diplomático al Gobierno de Lisboa. Mobutu exigió que en veinticuatro horas se presentasen excusas oficiales y se desautorizase a Coutinho. El Consejo de la Revolución se dividió ante la respuesta a dar; prevaleció la «razón de Estado», y se envió un mensaje en el que se hacía constar que el almirante Rosa Coutinho no formaba parte del Gobierno portugués, y que sus opiniones debían de ser consideradas como puramente personales, lamentando, además, que sus declaraciones hubiesen molestado al Gobierno zairés. Mobutu consi-



Con el MPLA de Agostinho Neto en el poder, el mobutismo tendría los días contados. Los países progresistas de las fronteras del Zaire —Congo, Tanzania, Burundi, Angola— se verían «ampliados» en cualquier momento por la caída de los regímenes excéntricos de Bokassa (R. Centroafricana) y Amin (Uganda), y el Zaire podría verse «asfixiado» en poco tiempo con el inmediato resurgir de la guerrilla en el inmenso país.

EL MOBUTISMO. EN EVIDENCIA

dero insatisfactoria la respuesta: expulsó el personal diplomático portugués en Kinshasa, pidió el envío de una delegación presidida por el ministro de Asuntos Extranjeros y puso 30.000 hombres armados en la frontera con Angola. Otra vez el Consejo de la Revolución discutió la respuesta a dar al oportunista Mobutu, y el mismo Presidente Costa Gomes propuso al Presidente zairés la discusión del asunto por una comisión mixta y anunció el envío del mayor Victor Alves, del Consejo de la Revolución, para tratar de resolver el incidente. Esta vez Mobutu aceptó.

La actitud de apoyo zairés al FNLA, más que firme, desesperada, constituye en este momento el núcleo envenenado de la incógnita que se abrirá el 11 de noviembre. La guerra civil es inevitable, y muy probablemente la internacionalización del conflicto (quizá otro «caso del Congo») mantenga en equilibrio inestable una situación llamada a resolverse en favor del poder popular del MPLA. Pero la extrema riqueza de ambos países, Zaire y Angola, asegura la injerencia extranjera.

Hasta ahora, el apoyo exterior a los movimientos de liberación ha sido inequívoco: Las potencias occidentales sostienen al FNLA y las democracias populares al MPLA (el UNITA, ideológicamente semejante al FNLA, necesitaría otras consideraciones referidas a su papel presuntamente «alternativo» entre las dos formaciones principales). Pero el apoyo reciente militar de China Popular a Holden Roberto, ciertamente desafortunado, da oportunidad al juego de Mobutu (que se ha «inclinado», como hemos señalado arriba, hacia esta potencia en los últimos meses) y presta un carácter de «popular» al FNLA, que es, evidentemente, reaccionario. Una vez más, las diferencias URSS-China entorpecen el desarrollo de la auténtica liberación de un país colonial, alternativa que en este caso solo ofrece el MPLA.

Con esta distribución equívoca de fuerzas, Mobutu y Roberto esperan atraerse el apoyo de naciones africanas incluso «progresistas», a la vez que denuncian la actitud «imperialista» de los Estados Unidos... Para el Zaire, como para Angola, el próximo mes de noviembre —y lo que desde entonces se produzca— señalará el momento crucial de la lucha entre dos fuerzas antagónicas: la revolución popular y el neocolonialismo. ■ P. C. M.



Mientras aplasta a sus enemigos en el interior, el ex boxeador Amin entretiene a un mundo aburrido con sus bufonadas.

UGANDA

Las dos caras de Idi Amin

● El general Amin parece empeñado en que el mundo no se olvide de él ni un solo instante. Desde que tomara violentamente el poder hace cuatro años, el ex boxeador y ex sargento del Ejército colonial británico ha convertido su gobierno en un «show» de sesión continua: propositos públicos a algún estadista africano («... le amo a usted tanto, que si hubiera sido mujer...», a Julius Nyerere, de Tanzania), telegrama a la ONU confesando su admiración por el modo en que Hitler solucionó el problema judío, repetidas autoinvitaciones al palacio de Buckingham, acusaciones calumniosas contra su bella ex ministro, la princesa de Toro, y si nos situamos en estas últimas semanas, el bochornoso «le mato, no le mato» que ha tenido como víctima a un profesor británico de sesenta y un años: Dennis Hills, sentenciado a la pena capital por un Tribunal ugandés por haber colgado a Amin, en un manuscrito inédito, el calificativo de «tirano de aldea», y perdonado en última instancia por ese mismo tirano tras un interminable tira y afloja que ha mantenido en continua tensión al Gobierno británico y a toda la opinión pública.

Si hurgamos un poco en las reacciones que han provocado en Occidente las persistentes excentricidades del general Amin, al menos hasta este último incidente internacional con Londres, descubriremos como en el fondo de los comentarios más o menos festivos de la prensa, la radio y la televisión late una curiosa mezcla de racismo subcon-

ciente y de mala conciencia (por el pasado colonialista blanco) que parece impedir todo juicio estricto y severo del comportamiento de Amin como estadista. Un elogio como el que éste hizo de los métodos de Hitler habría provocado una repulsa violenta y general de haber sido suscritor por cualquier dirigente de la «civilizada» Europa. Salidas del negro Amin, sin embargo, tales declaraciones solo contribuyeron a completar el lado histrionico del personaje.

Sin embargo, el comportamiento estafalario —cara al mundo— del general Amin no debe ser en ningún caso la máscara que oculte hábilmente la realidad de ese país centroafricano, de casi diez millones de habitantes y 235.000 kilómetros cuadrados de superficie.

Hace unos meses, la Comisión de Juristas presentó un informe a la ONU en el que se relataban los crímenes y arbitrariedades de todo tipo cometidos por el Gobierno de Idi Amin en los años que lleva en el poder. Basta la simple mención aquí de algunas de las denuncias contenidas en dicho informe para darnos cuenta de la gravedad de la situación en Uganda:

— Asesinato en enero de 1971, a raíz del golpe de Estado contra el doctor Obote, que llevó a Amin al poder, del general Suleiman Hussein, del jefe del Estado Mayor del Ejército, teniente coronel Oyok, así como de una serie de jefes y oficiales.

— Matanzas persistentes a lo largo

de 1971 (sobre todo en su segundo semestre) de civiles y militares pertenecientes a las tribus Ajoli y Langi, caracterizadas por su apoyo al Presidente derrocado. El Gobierno de Amin justificaría más tarde esas matanzas como simples medidas contra un levantamiento tribal.

— Asesinato, en julio de ese mismo año, de un periodista norteamericano y de un profesor de Sociología de la Universidad de Makerere, de la misma nacionalidad. Ambos habían intentado confirmar ciertos informes, según los cuales, en la localidad de Mbarara habían sido muertos 200 soldados de las tribus mencionadas.

— Ejecución de un antiguo parlamentario, Marin Okello; de un juez del Tribunal Supremo, así como de varios colaboradores de la televisión ugandesa.

— Envío en diciembre de 1971 a la prisión militar de Mutukula de un alto número de oficiales de la Policía y funcionarios civiles, así como de militares de distinta graduación de las tribus Ajoli y Langi. Asesinato a sangre fría de 45 oficiales y de entre 200 y 250 oficiales de esas mismas tribus.

— Expulsión masiva, al año siguiente, de ciudadanos de raza asiática, en su mayoría comerciantes, y expropiación forzosa de sus negocios (vid. TRIUNFO, núm. 518: «Amarillo y negro: El racismo de Uganda»).

— Feroz campaña represiva contra los enemigos políticos de Amin que aun quedaban en el país tras el frustrado contragolpe lanzado desde Tanzania en septiembre del año 1972. La víctima principal de aquella campaña fue el juez supremo en funciones, Benedikt Kiwanuka.

— Ejecuciones públicas, a principios de 1973, de miembros de una nueva organización guerrillera, autotitulada «Fronsa» («The Front for National Salvation»).

— Nuevas masacres a lo largo de 1973, y durante todo este tiempo: continuas inhibiciones de los Tribunales civiles en favor de los militares, detenciones arbitrarias de ciudadanos y registros domiciliarios sin mandato judicial por elementos del Ejército, etcétera.

Se desconoce el número exacto de ugandeses que han abandonado el país desde el golpe de Amin. Se sabe que el Gobierno de Kenya ha concedido permiso de residencia a más de 2.000, y que hay varios miles más repartidos entre Tanzania, Zambia y otros países próximos. En cuanto al total de personas asesinadas, las estimaciones varían considerablemente: algunos hablan de 25.000; otros, de 250.000, en su mayoría africanos.

Mientras todo esto ocurre en el interior, Amin entretiene a un mundo aburrido con sus bufonadas. Por el momento, el dictador se ha cansado de jugar al ratón y al gato con el Gobierno de Londres a propósito de Hills. ¿Qué nuevo «número» tendrá en cartera? ■ JOAQUIN RABAGO.